

Reseña

Envejece un perro tras los cristales (2019)

de Horacio Castellanos Moya

Mathilde Niati¹

Aix-Marseille Université, CAER, Aix-en-Provence, France

“¿Qué harás con esa cosa grande y fea que te has empeñado en construir y a la cual estás atado como perro que no sabe lo que cuida?” (262, p. 88) se pregunta el escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya en el primero de los dos cuadernos que componen *Envejece un perro tras los cristales*. El libro se puede describir con aparente facilidad: se trata de dos cuadernos de apuntes del autor, en los cuales éste se interroga sobre la literatura, el paso del tiempo y una compleja sensación de encierro. El primero, “Cuaderno de Tokio”, fue escrito entre julio de 2009 y enero de 2010, cuando Horacio Castellanos Moya consiguió una beca y se instaló por un período de seis meses en la capital japonesa; el segundo, titulado “Cuaderno de Iowa”, comprende reflexiones escritas entre 2011 y 2016, mientras el autor ejercía de profesor en la Universidad de Iowa, donde sigue trabajando. Entre Japón y los Estados Unidos, estos dos cuadernos reflejan varios momentos de la vida del autor, atormentado por el desdoblamiento del yo y la repetición del pasado, dos fuentes fecundas de búsqueda y de angustia. En cada cuaderno, las notas del escritor vienen numeradas lo que acentúa la impresión de fragmentación y de dispersión. Los lectores de Horacio Castellanos Moya encontrarán algunos de los principales motivos de su narrativa: su familia, la ansiedad, los asaltos del deseo, la soledad y cierto sentimiento de abandono. Incluso reconocerán algunos de sus títulos más famosos: “Necesito recuperar mi asco, el asco hacia mí mismo y hacia lo que me rodea” (214, p. 74) o “has venido a esta ciudad a observar tu locura” (17, p. 18), escribe en el “cuaderno de Tokio”; “Te repites. Te repeles” (408, p. 204), o “¿De veras te meterás a reconstruir partes de la vida de Roque Dalton?” (97, p. 131), podemos leer en el “Cuaderno de Iowa”. *Envejece un perro tras los cristales* se hace eco de la obra ficcional del autor reutilizando preguntas y temáticas que aparecen por ejemplo en *El asco* (1997), *Insensatez* (2004), *El sueño del retorno* (2013) o *Moronga* (2018). Las novelas de Horacio Castellanos Moya, puntuadas de referencias históricas y muy ligadas a la experiencia personal del autor, ya tienen la particularidad de situarse en la frontera de la ficción. Con la publicación de estos dos cuadernos, parece que el escritor busca establecer nuevas relaciones intertextuales y al mismo tiempo da un paso más hacia la no ficción. A medida de la lectura, no solamente comprobamos que “no se trata de diarios en el sentido estricto: a veces predomina en ellos la reflexión, el estado de ánimo y el trazo, antes que la anécdota del día a día”, como se advierte en la contraportada. Hay más: el libro parece ser un complejo entramado literario sobre la dificultad de escribir y renovarse como escritor.

Con el primer cuaderno, entramos directamente en la textualidad, sin otra mediación que el subtítulo, “Los cuervos de Sangenjaya”. Después de una breve dedicatoria a sus “amigos japoneses”, la primera frase nos instala en la capital japonesa: “Shibuya City Hotel. Primera mañana en Tokio”. Pronto, la voz del autor se pregunta “¿Qué contar?” (1, p. 13), una forma de introducir de entrada el tema de la escritura. Ésta es la primera de una serie de preguntas, de invectivas en segunda persona, y de consideraciones sobre la literatura, entre otros temas. Desde

¹ Mathilde Niati est professeure agrégée d’espagnol, doctorante à Aix-Marseille Université, au sein du Centre Aixois d’Études Romanes (CAER). Elle a consacré ses deux mémoires de master à l’œuvre de Roberto Bolaño. Elle prépare actuellement une thèse sur les écritures du passé et les liens entre littérature et mémoire chez Roberto Bolaño et Horacio Castellanos Moya.

la primera página, el viaje a Tokio se anuncia igualmente como una reflexión sobre la escritura. Siendo alternativamente un “flâneur” anónimo en ciudades laberínticas, un extranjero solitario confrontándose a lo propio y lo ajeno, un escritor mundano que no logra centrarse en la escritura, en esta primera parte del libro, el escritor se muestra en postura de observación no solamente de la cultura japonesa sino sobre todo de sí mismo y de su carrera literaria. En medio de estas consideraciones, Horacio Castellanos Moya parece difuminar una reflexión sobre su propia obra y emprender una inesperada reflexión genérica. “Qué lejos me siento de la ficción, qué lejos estoy...” (271, p. 92): estas dos frases en forma de lamento parecen clausurar todas las vacilaciones de un escritor que anteriormente en el mismo cuaderno se preguntaba si podría volver a la ficción. También pueden expresar la sensación de impostura de un autor cuya figura pública va inflando en detrimento de la labor de escritura y de cierta autenticidad. Terminada su estancia en Japón, ante la inminencia de la partida, el escritor se da un último consejo que también es todo un programa: “Lo que has perdido en ambición lo has ganado en vanidad. Deberías guarecerte; luego, tratar de reinventarte” (309, p. 103). La ambición de renovarse aparece como un horizonte. En este primer cuaderno, la ficción se va alejando, convirtiendo el viaje a Japón en una incursión en territorio de “no ficción”. Finalmente, una breve nota que elucida las circunstancias en que fueron escritos los apuntes cierra el cuaderno, como una salida abrupta de esta extraña miscelánea o un último (y quizás engañoso) sello de realidad. Conviene aportar una precisión: el “Cuaderno de Tokio” ya fue publicado en 2015 por la editorial chilena Hueders. Agregarle el segundo cuaderno es como transferir un proceso que Horacio Castellanos Moya ya aplicó a su obra ficcional: reutilizar un material (referencias históricas, personajes, recuerdos personales) para ir tejiendo nuevas relaciones intertextuales, integrando esta vez en el proceso una obra de no ficción.

La lectura del segundo cuaderno produce un efecto de contraste. A nivel formal, viene introducido por dos citas: una muy famosa de Francisco de Quevedo (“No sentí resbalar, mudos, los años”) sobre el paso del tiempo; y otra de Alfonso de Valdés sobre la aceptación del “carecer de sosiego”. El “Cuaderno de Iowa”, subtítulo “Envejece un perro tras los cristales” como la totalidad del volumen, contiene un mayor grado de introspección y parece acercarnos aún más a la intimidad del autor. Se inaugura con “una nueva posición [...]. Es una posición privilegiada, gracias a las ventanas por las que ves pasar la vida de los otros; pero también es una posición en la que respiras encierro” (3, p. 111). Como se señala de entrada, la ventana tiene una función paradójica y sumamente simbólica: sirve de mirador hacia lo exterior pero sobre todo hacia lo interior. Efectivamente, en este segundo cuaderno, abundan las referencias a la familia del autor, las autocríticas sin compasión, las fantasías y frustraciones de un hombre que envejece, los tormentos de “la carne” o el miedo a la muerte. La ventana parece transformarse en espejo: “La idea que tienes es contar cómo te convertiste en lo que te has convertido. Ir de adelante para atrás: cómo te convertiste en profesor de escritura creativa, cuando considerabas que tratar de enseñar a escribir literatura era una tontería; cómo terminaste viviendo en los Estados Unidos, un país que antes despreciabas. Ésa es la idea” (9, p. 113). Este propósito da la tonalidad del “Cuaderno de Iowa”: se trata de enfrentar las contradicciones propias, a la luz del tiempo que pasa y del crecimiento de la figura pública del autor. Este segundo cuaderno se aleja un poco de las preocupaciones genéricas presentes en el “Cuaderno de Tokio” pero sí prolonga la reflexión sobre la posibilidad de “reinventarse”: “Has llegado al límite. Tienes que saltar la barda. Y la única forma de hacerlo es mirar alrededor. [...] Eres las obras que has escrito. No sigas hurgando en esas cajas [...]. Levanta la vista” (119, p. 136). La ventana se confirma como un espacio límite y cristaliza una posibilidad: la de repetirse o de “reinventarse” para un autor que ya ha alcanzado cierta fama, ya tiene lucidez sobre su carrera de escritor y duda sobre la posibilidad de renovarse. La sensación de repetición (de esquemas personales o familiares, de ideas o palabras) también atraviesa este segundo cuaderno, que parece explorar de forma literal y metafórica la tensión entre impresión de encierro y deseo de evasión. Finalmente, este “perro

que envejece tras los cristales” tiene mucho del escritor profesional confrontado simultáneamente al reto de la renovación y al riesgo de la redundancia.

Percibimos unos matices entre los dos cuadernos. El “Cuaderno de Tokio”, que abre el volumen, se asemeja a un diario de viaje: contiene referencias a aspectos muy materiales de la vida en Japón, impresiones y pasajes descriptivos sobre varias especificidades de la cultura japonesa. También está lleno de preguntas y de ilusión. Nada se excluye, ni siquiera la esperanza de renovarse: “Aunque sepas que el mundo es una ratonera, que estarás atrapado hasta tu muerte, lo único que le da sentido a la vida es siempre tratar de escapar, vivir la ilusión de que no te has dejado atrapar” (245, p. 81). En cambio, el “Cuaderno de Iowa” tiene una dimensión más íntima y poco halagadora, aunque no exenta de autoficción. En este segundo cuaderno, predomina la sensación de encierro y tal vez no sea anodino que se termine evocando la necesidad de pasar a otra etapa: “Llegó la hora de cerrar esta etapa. Nada de lo que has dicho de ti en los últimos tiempos es nuevo. Guarda silencio” (413, p. 205). “Guarda silencio”, como si el aprendizaje del silencio formara parte de la carrera del escritor. Con su organización fragmentada, es cierto que estos dos cuadernos parecen dejarle hueco al silencio y al vacío, una novedad en la obra del escritor cuya prosa suele ser bastante densa. ¿Cómo interpretar este silencio? ¿Forma de autocensura, respuesta nihilista al riesgo de repetirse o nueva modalidad de escritura para la obra futura? El lector atento prestará atención a la última advertencia, una cita del propio Horacio Castellanos Moya, ubicada en la solapa, que se revela justo antes de cerrar el libro: el escritor señala que la escritura de apuntes surge en “períodos de silencio narrativo, cuando las historias por contar yacen indistintas añejándose”, conformando así una forma de reverso de su obra ficcional.

Resumamos: una mañana en Tokio, una ventana en Iowa, una reflexión sobre el oficio de escribir y una serie de apuntes en el confín de la ficción. Con la publicación de estos dos cuadernos, Horacio Castellanos Moya, que también fue periodista y escribió varios ensayos, parece confirmar la exploración de este tenue y amplio territorio que media entre ficción y no ficción. La serie de apuntes reunidos en *Envejece un perro tras los cristales* resuena con la historia personal del autor y su obra de ficción de una manera nueva, creando otra forma de vaivén entre ficción y no ficción. El volumen se caracteriza por su indeterminación genérica: los dos cuadernos tienen algo del diario de viaje, del diario íntimo, de las notas de lectura, del aforismo o del ensayo. También manifiestan una escritura impresiva e impulsiva, de automotivación o a veces muy autocrítica, virulenta e irónica. Estos textos breves conforman una miscelánea heterogénea, reflejo de un escritor en representación, que lucha para renovarse pero también que prepara su herencia literaria, se profesionaliza y casi se patrimonializa. En cierta medida, los dos cuadernos que componen el volumen prolongan la obra ficcional del autor, por los temas evocados, los paralelos y los comentarios que Horacio Castellanos Moya realiza en ellos, y también por su reflexión sobre la escritura. Es sorprendente notar la poca presencia del elemento histórico en esta última propuesta del escritor. Es que el libro tiene otro propósito, explicitado en la penúltima nota del “Cuaderno de Iowa”: “Todo el esfuerzo parece destinado a exhibirte a ti mismo ante ti mismo, con la esperanza de que una supuesta posteridad te lea con la misma autocompasión con la que te has descrito” (411, p. 205). Esta reflexión final hace converger los dos cuadernos hacia lo exterior: fueron redactados para un lector potencial; o si volvemos a la metáfora de la ventana, “envejece un perro tras los cristales” y lo observa el lector desde fuera. Terminemos citando una reflexión sacada del “Cuaderno de Iowa” que condensa toda la ambigüedad del conjunto: “Sensación extraña: si relees estos apuntes, no te reconoces en la voz de quien escribe. ¿De dónde salió el tipo que habla? ¿Por qué se te hace tan ajeno?” (73, p. 125). A través de estas dos preguntas, el escritor muestra su asombro ante una voz nueva. La voz: característica esencial de los personajes del autor que se define como “auditivo” y cuyas obras están muy marcadas por la oralidad. A su vez, el lector podrá

preguntarse: ¿qué orientación dará Horacio Castellanos Moya a su obra con este libro y después del mismo? ¿Otra vía que la ficción u otra rama de la ficción?

Bibliografía

CASTELLANOS MOYA, Horacio, *Envejece un perro tras los cristales*, Barcelona, Literatura Random House, 2019, 205 p.